LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 6

¡NAMI Y EL TOBOGÁN HASTA EL DESPACHO DEL ALCALDE!

SOLO UNA BAJADA RÁPIDA



Basada en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 6

¡Nami y el tobogán hasta el despacho del alcalde!

SOLO UNA BAJADA RÁPIDA

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Solo una bajada rápida



El nuevo tobogán del parque acuático de Goldhain todavía no estaba inaugurado oficialmente.

Extraoficialmente, estaba terminado, reluciente y rodeado de tantos carteles de advertencia que Nami sintió simpatía por él de inmediato. Comenzaba en una torre bajo el techo de cristal, daba dos vueltas alrededor de la gran piscina de las palmeras y, según los planos, terminaba en una amplia zona de frenado junto a la piscina de olas.

El socorrista necesitaba a alguien para una última prueba.

«Solo hay que comprobar si el tramo final es cómodo», dijo.

«Solo una bajada rápida», prometió Nami.

Llevaba su chaqueta deportiva azul oscuro, el caos de rizos azul cobalto recogido sobre la cabeza e Iman firmemente abrazado. El pequeño pulpo de

peluche no era un instrumento de prueba homologado, pero tenía más experiencia con las aventuras de Nami que la mayoría de los especialistas.

Arriba, Nami se sentó en la corriente de agua. Delante se abría la entrada oscura. Detrás, la compuerta de salida se cerró con el sonido de las decisiones definitivas.

«¿Preparada?», gritó el socorrista.

Nami levantó a Iman. «¡Nunca hemos estado sin preparar!»

La compuerta se abrió.

El agua la empujó hacia delante. La torre desapareció. El tobogán la recibió como un río que llevaba mucho tiempo esperando exactamente aquella oportunidad.

A los tres segundos, Nami supo que el tramo final era muy cómodo.

A los cinco segundos, supo que aquello no podía ser el tramo final.

I. La curva siete



Las primeras curvas se comportaron debidamente. Derecha, izquierda, una pequeña ola y después un túnel con puntos de luz azul. Nami rio, apretó a Iman contra sí y contó.

La curva cinco fue más rápida de lo esperado. La seis rodeó casi por completo la roca de las palmeras. Según el plano, la curva siete debía conducir a la zona de frenado.

Conducía cuesta arriba.

Nami redujo la velocidad el tiempo justo para fruncir el ceño. Entonces una corriente más fuerte la atrapó y la disparó por un tubo de cristal sobre el tejado del recinto.

Debajo no estaba la piscina de olas.

Debajo estaba Goldhain.

El tobogán cruzó la calle. La gente se detuvo y miró hacia arriba. Una mujer con una cesta de la compra saludó. Nami respondió como pudo sin soltar a Iman.

Bajo la siguiente curva se detuvo un autobús. El conductor abrió la puerta aunque allí no había parada y bajó para verlo mejor. Dos niños apretaron la nariz contra la ventanilla. Nami levantó un momento a Iman para que él también pudiera saludar. Los niños vitorearon.

El tobogán atravesó la plaza del mercado. Ruby salía justo de la panadería y reconoció el moño azul cobalto tras el cristal. Levantó un rollo de canela. Nami señaló con pesar la velocidad. Ruby asintió comprensiva y envolvió el dulce para más tarde.

Después llegó la torre del reloj. El tubo pasó tan cerca que Nami pudo leer la hora. Eran las diez y doce. La campana tocó diez veces, reflexionó un momento y añadió dos golpes confusos, como si ella también quisiera confirmar la hora.

«Eso no estaba en el plano», dijo.

Iman sonreía como siempre. Los pulpos de peluche poseen una serenidad admirable ante las

desviaciones estructurales.

El tubo giró entre dos casas, casi rozó la torre y se dirigió hacia el ayuntamiento. Nami vio acercarse el portal de piedra. Por un instante esperó que la construcción girara antes de alcanzarlo.

No giró.

En la mampostería se abrió una compuerta redonda.

Nami e Iman desaparecieron en el ayuntamiento.

II. El correo neumático

El interior del ayuntamiento había sido diseñado para estar más seco.

Al principio, el tobogán recorría el techo de la oficina de objetos perdidos. A través de la pared transparente, Nami vio estanterías llenas de paraguas, llaves y guantes solitarios. Una empleada levantó la cabeza cuando Nami pasó disparada. Nami saludó con dos dedos.

Después llegó el registro civil. Una pareja estaba sentada ante una funcionaria y firmaba documentos. Cuando Nami pasó a toda velocidad por el tubo detrás de ellos, la novia se volvió y saludó entusiasmada. El novio firmó sin querer el mantel.

La siguiente curva atravesó el departamento de urbanismo. Tres personas se inclinaban sobre un plano en el que estaba dibujado exactamente el tobogán. Una señaló una línea discontinua. Otra miró al techo. Nami ya se había ido.

«Quizá también estén haciendo pruebas», gritó a Iman.

El tubo descendió. Atravesó el archivo, volvió a subir y pasó por el centro de una reunión sobre gestión municipal del agua. Detrás del cristal

había doce personas sentadas a una mesa larga. El presidente hablaba en ese momento de conducciones controladas.

Nami pasó como una flecha.

Todas las cabezas se giraron al mismo tiempo.

Al final de la sala, un indicador decía: ALCALDE - PLANTA SUPERIOR.

El tobogán siguió la flecha.

III. La pendiente administrativa

En el hueco de la escalera, el tobogán se volvió más empinado.

Nami alcanzó una velocidad a la que las puertas de los despachos solo parecían franjas marrones. Pasó por la oficina de impuestos, la sección de licencias caninas y una sala que decía Comité de Planificación con Visión de Futuro. Nadie allí había mirado lo bastante lejos.

Sonó un timbre. Una voz serena habló por los pequeños altavoces del tubo.

«Próxima parada: atención ciudadana».

«No quiero bajar», gritó Nami.

«Su solicitud está siendo procesada».

Delante apareció un desvío. A la izquierda, el tubo conducía al salón de plenos; a la derecha, a atención ciudadana. El mecanismo traqueteó indeciso y eligió seguir recto, aunque allí no había ninguna vía dibujada.

Un tramo provisional de tubería se puso en marcha a sacudidas. Al parecer, el tobogán seguía conectado al antiguo sistema de correo neumático del ayuntamiento. Un paquete de expedientes salió volando de un tubo lateral y se deslizó junto

a Nami.

Detuvo la carpeta superior con el pie. En la cubierta decía VÍAS DE AGUA - URGENTE.

«Apropiado», dijo Nami.

La carpeta desapareció por otra bifurcación. Nami continuó por la vía principal, que ahora se dirigía directamente hacia una pesada puerta de madera.

Encima colgaba una placa de latón.

ALCALDE.

IV. Agua en el despacho

El alcalde estaba dictando una carta cuando la pared detrás de su escritorio se abrió de golpe.

Primero llegó agua. Después tres archivadores. Luego Nami, aferrada a Iman y aterrizando en el despacho sobre una magnífica fuente.

La silla giratoria del alcalde completó una lenta vuelta. La cadena del cargo se levantó de su pecho y flotó sobre el agua como una serpiente marina dorada. Los papeles subieron, giraron y se posaron sobre muebles que nunca se habían enfrentado al concepto de una inundación.



Nami estaba sentada detrás del escritorio en un charco poco profundo. Su pelo estaba más salvaje que nunca. Iman estaba mojado, pero seguía sonriendo.

«Puedo explicarlo», dijo.

El alcalde se agarró a la mesa. «Sería de agradecer».

Nami señaló el tubo. «El tobogán se ha equivocado de giro».

«Los toboganes no se equivocan de giro».

Detrás de él se abrió una pequeña compuerta. El expediente VÍAS DE AGUA - URGENTE salió disparado y aterrizó en su regazo.

Miró la carpeta y después a Nami.

«En Goldhain», se corrigió, «no debería decir frases así».

La voz tranquila del tubo anunció: «Final de trayecto».

V. La evaluación de los daños

En diez minutos, el despacho estaba lleno de gente.

Urbanismo llegó con planos. Objetos perdidos trajo toallas. Los bomberos comprobaron que el agua ya estaba regresando al tubo y por tanto era «inusualmente cooperativa». Una secretaria intentó anotar el orden de los acontecimientos, pero se rindió cuando la caja del correo neumático expulsó una chancla de piscina.

Nami ayudó a recoger papeles de la lámpara. Iman se secaba sobre una pila de reglamentos.

Una empleada del archivo colocó cada hoja mojada entre dos secantes. Resultó que la mayoría de los documentos ya eran copias de copias y que el agua apenas había reducido su legibilidad. Solo se disolvió por completo una solicitud para construir un cobertizo de jardín. El solicitante, que casualmente esperaba en el pasillo, lo consideró una señal y retiró la petición.

El alcalde escurrió la manga de su chaqueta. «¿Cuánta agua transporta normalmente esta instalación?»

El socorrista, conectado ya por teléfono, dio una cifra.

El alcalde miró la alfombra. «¿Y cuánta hay aquí?»

«Por el ruido, probablemente toda».

Debajo del escritorio se oyó un gluglú. El último resto volvió ordenadamente al tubo. Nami lo señaló. «Al menos recoge después de usarlo».

El alcalde sonrió contra su voluntad.

«¿Quién aprobó el recorrido?», preguntó.

Todos miraron al director de urbanismo.

El director señaló el plano. «La línea discontinua debía representar un pasillo de mantenimiento previsto».

«Atraviesa mi despacho».

«Solo a escala».

«¿A qué escala no termina aquí?»

El director se ajustó las gafas. «A una optimista».

Nami dejó la chancla mojada en la cesta de objetos perdidos. «Puedo deslizarme de vuelta y ver dónde está mal colocado el desvío».

El alcalde levantó ambas manos. «Nadie se desliza a ninguna parte hasta que yo haya inspeccionado personalmente este recorrido».

La sala quedó en silencio.

Nami sonrió. «Buena idea».

El alcalde comprendió demasiado tarde lo que había decidido.

VI. La inspección sobre el terreno

Una hora después, el alcalde estaba en el parque acuático.

Llevaba un albornoz prestado, un casco y la cadena del cargo, porque el acta exigía una inspección en función oficial. Nami había colocado a Iman en una pequeña bolsita impermeable. El director de urbanismo, la secretaria y dos miembros del comité del agua esperaban detrás.

«Iremos despacio», dijo el alcalde.

El socorrista contempló el tobogán. «Solo tiene una velocidad».

«Entonces elegiremos la oficial».

Nami se sentó primero. El alcalde la siguió con la expresión de un hombre que había firmado demasiadas decisiones a lo largo de su vida. La compuerta de salida los aceptó juntos.

Las primeras curvas transcurrieron con calma. En la siete, el alcalde no gritó. Solo emitió un sonido muy largo y formal.

Sobre Goldhain, miró hacia abajo. «¡Eso es una vía pública!»

«¡Sí!», gritó Nami.

«¿Por qué saluda la gente?»

«¡Por educación!»

Atravesaron el portal del ayuntamiento. En el registro civil, toda la comitiva de la boda saludaba ya. El alcalde levantó una mano de manera automática.

Cuando pasaron por la reunión sobre gestión del agua, los participantes aplaudieron.

En objetos perdidos se habían preparado. Una empleada mostró un cartel que decía Buen viaje y entregó al alcalde un sombrero perdido mientras pasaba. Él lo atrapó, se lo puso por reflejo y volvió a perderlo en la siguiente curva. Objetos perdidos registró el incidente como préstamo temporal.

La ceremonia del registro ya había terminado. Los recién casados esperaban con copas. Nami y el alcalde no podían brindar, pero la novia lanzó un pequeño sorbo hacia el tubo. El alcalde levantó la cadena a modo de saludo.

«¿Conoce a toda esta gente?», gritó.

«¡Desde el viaje de ida!»

El alcalde asintió como si aquello fuera una forma reconocida de proximidad ciudadana en Goldhain.

La inspección se convirtió en una visita de Estado a gran velocidad.

VII. La cadena de departamentos

En el salón de plenos, el desvío giró esta vez a la izquierda.

Nami y el alcalde atravesaron el comité de finanzas, donde se hablaba del coste de los largos recorridos administrativos. Salieron por el otro extremo de la sala, cruzaron el archivo y llegaron ocho segundos más tarde a urbanismo.

«Es más rápido que el ascensor», gritó el alcalde.

«¡Mucho más!»

El tobogán los condujo después a correos. Al pasar recibieron dos sobres sellados. Objetos perdidos devolvió a Nami la chancla aunque no era suya. En el registro civil entregaron por error al alcalde un formulario de cambio de nombre.

Detrás los seguían los demás participantes. La secretaria perdió el bolígrafo, lo atrapó en la siguiente curva y continuó escribiendo durante el viaje. El director de urbanismo gritaba «¡Interesante!» en cada bifurcación, algo que nadie aceptó como disculpa.

Cuando aterrizaron de nuevo en el despacho del alcalde, el charco era más pequeño. El alcalde permaneció sentado un momento sobre la

alfombra.

«¿Cuánto ha durado la vuelta completa?», preguntó.

La secretaria miró el reloj. «Un minuto y cuarenta y dos segundos».

El recorrido administrativo habitual duraba treinta y cinco minutos.

Todos miraron el tobogán.

VIII. El gran plan

Aquella tarde no se cerró el recorrido. Se midió.

Lena llegó con un cuaderno, Lin con una bolsa de herramientas y Leyla con un nivel, aunque nadie sabía para qué. Nami explicó cada curva. El alcalde se plantó ante el plano y empezó a marcar los departamentos con chinchetas de colores.

«Si construimos aquí una zona de parada», dijo, «correos podría recibir entregas directas».

«Y aquí una vía seca para expedientes», añadió la secretaria.

El director de urbanismo dibujó un segundo desvío. Nadie lo dejó sin vigilancia.

Nami propuso zonas de llegada acolchadas. Lin quería sensores que distinguieran personas de expedientes. Lena insistió en un botón de parada manual. Leyla enderezó el cartel de la entrada, que efectivamente estaba torcido cuatro milímetros.

Iman estaba sentado en el centro de la mesa y sujetaba una esquina del plano con dos tentáculos de tela.

«Ahora es el director del proyecto», dijo Nami.

El alcalde contempló al pulpo de peluche. «¿Tiene experiencia administrativa?»

«Desde esta mañana».

«Más que algunos comités».

El acta concedió a Iman la condición de observador asesor sin derecho a voto.

La reunión duró tres horas. En ese tiempo surgieron cuatro variantes, siete cálculos de costes y una discusión sobre si un tobogán en el ayuntamiento debía considerarse pasillo, ascensor o masa de agua. El departamento jurídico optó provisionalmente por «espacio móvil de circulación con humedad».

Nami dibujó pequeñas olas en los lugares donde el trayecto era especialmente rápido. El alcalde añadió círculos rojos alrededor de los departamentos que debían comunicarse con frecuencia. Poco a poco, el accidente se convirtió en una red. No más bonita que antes, pero sí más útil.

Cuando todos abandonaron la sala, el primer plano mojado quedó sobre la mesa. La tinta se había corrido, pero el recorrido seguía claramente visible: desde la piscina hasta el despacho del alcalde, como si siempre hubiera pertenecido allí.

IX. La cuestión de la ropa seca

El mayor problema no era la velocidad. Era la ropa.

Quienes trabajaban en el ayuntamiento preferían no llegar goteando a las reuniones. El comité del agua propuso puestos de toallas. Urbanismo diseñó túneles de aire caliente. El alcalde consideró uniformes oficiales impermeables hasta que alguien le mostró un dibujo.

Nami probó varias soluciones. Un albornoz se le pegó a la espalda en la curva cinco. Una capa de lluvia se hinchó y la convirtió brevemente en una vela muy rápida. Un paraguas grande resistió exactamente hasta la primera curva.

Finalmente, Lin desarrolló una cápsula seca y estrecha que se deslizaba por el tubo sobre un colchón de agua. Parecía una mezcla de bañera y

contenedor de correo neumático.

El alcalde subió, viajó desde atención ciudadana hasta correos y llegó con los zapatos secos.

«Aprobado», dijo.

Para Nami se mantuvo abierta la vía de agua.
«Recorrido tradicional», explicó.

Iman recibió una cápsula diminuta con ventanilla. Encajaba perfectamente y dentro parecía todavía más oficial que antes.

X. El viaje de prueba

Todo el ayuntamiento acudió al último viaje de prueba.

Cada departamento envió a una persona. Correos cargó una cápsula con cartas. El archivo envió una carpeta vacía porque todavía no confiaba sus documentos al recorrido. Objetos perdidos mandó la chancla a dar una vuelta para averiguar si alguien la echaba de menos.

Nami salió primero con Iman. El nuevo desvío respondió con limpieza. En la zona de parada, el agua los frenó suavemente, se abrió una compuerta y correos recibió sus cartas.

La directora de correos selló el dorso de la mano de Nami por costumbre. Nami recibió un círculo azul e Iman uno diminuto en su identificación. Después, un colchón de aire los devolvió a la corriente principal.

En la siguiente parada esperaba el comité de finanzas. Tenía un archivador, dos calculadoras y una cesta de calcetines secos. La cápsula aceptó todo salvo la cesta, que era demasiado ancha. Tras una breve deliberación, enviaron los calcetines uno a uno. Llegaron todos, pero en un orden diferente.

El alcalde observaba la prueba desde la sala de control. Hacía una pequeña marca por cada desvío correcto. Después del décimo, la lista parecía un informe oficial de victoria.

Luego siguieron hacia atención ciudadana. Dos visitantes aplaudieron porque creían que el viaje formaba parte del programa de entretenimiento. En el registro civil, la pareja de aquella mañana ya estaba casada. Se fotografió delante del tubo.

Las cápsulas secas siguieron sin incidentes. Solo desapareció la chancla. Objetos perdidos se lo tomó con calma; era su estado natural.

Esta vez, Nami terminó en una piscina acolchada dentro del despacho del alcalde. Ningún papel se mojó. La cadena oficial permaneció en su sitio.

«Esto», dijo el alcalde, «es progreso municipal».

XI. La decisión solemne

El pleno municipal se reunió por la tarde.

El punto siete del orden del día decía: Conexión involuntaria por tobogán entre el parque acuático y el ayuntamiento; posible aprovechamiento. El alcalde informó con objetividad. La secretaria dio los tiempos. Urbanismo mostró planos que ya tenían muchas menos líneas discontinuas.

Nami se sentó al fondo con Iman sobre las piernas. Había esperado tener que disculparse. En lugar de eso, le preguntaron por los radios de las curvas, la velocidad y el mejor lugar para una segunda entrada.

«En la piscina», dijo. «Si no, la aventura comienza en el despacho, y eso está al revés».

El pleno votó.

Once miembros votaron a favor, dos en contra y uno se abstuvo por preocupación por su peinado. La conexión quedó aprobada como «vía

administrativa exprés de origen recreativo».

El alcalde levantó la resolución. «Entonces mañana necesitamos una inauguración».

«¿Con cinta?», preguntó Nami.

«Con cinta».

Iman recibió su propia identificación de visitante. En profesión, la secretaria escribió Acompañante de tobogán.

XII. La vía administrativa

A la mañana siguiente, la cola atravesaba la plaza del ayuntamiento.

Algunas personas querían probar el tobogán. Otras solo querían ver si el alcalde volvía a hacerlo. Ruby vendía rollos de canela en forma de pequeñas espirales. Lin comprobaba los desvíos. Lena revisó tres veces el botón de parada. Leyla enderezó la cinta inaugural.

Nami estaba delante con las grandes tijeras. Iman se sentaba sobre un cojín a su lado y llevaba su identificación.

El alcalde pronunció un discurso sobre caminos cortos, errores valientes de planificación y la obligación de una administración de llegar de vez en cuando donde nadie la esperaba.

Nami cortó la cinta.

La multitud vitoreó. El agua rugió. La primera cápsula partió con un saco de correo municipal. Después se deslizó el alcalde, esta vez sin casco,



pero sujetando con firmeza la cadena del cargo.

Nami lo siguió con Iman.

Sobre la ciudad, el sol brillaba a través del tubo transparente. La gente saludaba abajo. En el ayuntamiento, las puertas estaban abiertas y cada departamento sabía cuándo llegaría la siguiente ola.

Por primera vez, una vía administrativa de Goldhain era más rápida que su aprobación.

Final - Última parada

Al anochecer, Nami regresó al parque acuático.

La inauguración oficial había terminado. La cinta colgaba en dos trozos de la barandilla, el ayuntamiento se secaba e Iman tenía ahora un sello en su identificación.

El socorrista esperaba junto a la llegada. «¿Y?», preguntó. «¿Es cómodo el último tramo?»

Nami dejó a Iman sobre el borde. «Mucho. Solo aterrizas un poco lejos».

«¿Cuánto?»

«Tres departamentos, un comité y un despacho de alcalde».

El socorrista miró el tobogán. «¿Debería cerrarlo?»

Desde el ayuntamiento regresó una cápsula seca. Dentro estaba el rollo de canela que Ruby había envuelto para Nami por la mañana, acompañado de una servilleta con el sello del despacho del alcalde. Iman recibió una galletita que encajaba exactamente entre dos de sus tentáculos de tela.

Nami se sentó en un banco y compartió el rollo de canela. A través de la pared de cristal del recinto, observó el tubo sobre la calle. Cada pocos minutos pasaba una cápsula: correo, expedientes y una vez un ramo de flores. La gente de abajo apenas

levantaba ya la vista. Goldhain había incorporado lo imposible a su rutina diaria.

Por el altavoz llegó la voz tranquila: «Próxima conexión con el ayuntamiento en dos minutos».

Nami sonrió. «Ni hablar».

Cogió a Iman, volvió a subir las escaleras y se sentó en la salida. Debajo esperaba el tubo oscuro, y más allá Goldhain y una administración que había aprendido que los rodeos a veces eran los caminos más rápidos.

«Solo una bajada rápida», dijo.

La compuerta se abrió.